

## CANTO TERCERO

## LA MUJER DEJA AL HOMBRE POR EL DIABLO

I. Lo que es el amor.—II. Zaquiel aconsejado por el diablo.—III. Tentación de Catalina.—IV. Decisión de Catalina.—V. Razón del desorden.—VI. El amor baja hacia lo real.—VII. Lo real en el amor.—VIII. Eternidad del amor.—IX. Caída de Catalina.—X. Disculpa de Catalina.

## I

Va á nuestro cuerpo unida  
una sed de pasiones tormentosas.  
Como el sol es la vida de las cosas,  
el amor es el alma de la vida.

## II

Zaquiel, aleccionado en su aventura  
por el dios del infierno,  
se bajó de aquel monte, cuya altura  
no ve más estaciones que el invierno,  
y, vestido de diablo,  
ya no supo explicarse  
cómo pueden estar sin adorarse  
un santo y una santa en un retablo.

## III

Viendo á Zaquiel en diablo convertido,  
miraba Catalina  
su amargo sonreír de ángel caído,  
sintiendo esa divina  
tentación que da el fruto prohibido.  
Entregada al amor con vivo anhelo,  
Catalina Beltrán da testimonio  
de que al caer en brazos del demonio  
en medio del infierno hallará un cielo.  
Y ya ve que en su rápida caída  
duplica su ilusión, cuando encendida  
sigue á Torralba y de Zaquiel se aleja,  
y cuando al hombre por el diablo deja  
triplica el sentimiento de la vida.  
Y por más que os asombre  
os diré que la joven de que os hablo,  
si al ángel lo ha dejado por el hombre,  
después dejará al hombre por el diablo.

## IV

En uno de los días de esos meses  
en que arden las arenas en verano,  
y en que un aire africano

pega fuego en las eras á las mieses,  
el espíritu de ella, detenido  
en el umbral querido  
de sus castos amores,  
tomó al fin como César su partido,  
y pasó el Rubicón de sus pudores.  
Zaquiel es natural que se prometa  
hacer, á su venida del infierno,  
de Catalina una mujer completa,  
pues su madre era hija y ella nieta  
de ese sol andaluz que, hasta en invierno,  
de la tierra los gérmenes inquieta.  
Y además es axioma convenido  
que la ciega corriente de las cosas  
lleva antes al amor, luego al olvido,  
á esas almas que marchan orgullosas  
sobre cuerpos de barro mal cocido,  
y nunca hay fortaleza  
que guarde la pureza  
de un alma que ya piensa en lo profundo.  
¡Puede más la brutal naturaleza  
que todos los ejércitos del mundo!

## V

Será el amor sin orden un pecado;  
mas ¡cuántas veces, de sufrir cansado,  
ese cielo que enfrena  
la marcha general de lo creado,  
llevándonos al bien, desencadena  
el desorden, que ordena  
todo aquello que está mal ordenado!

## VI

Catalina ama ya con turbulencia,  
y, como lentamente  
caía de su frente  
el tul de la inocencia,  
fué ocupando su mente  
la zona ecuatorial de la existencia;  
y cual muchas mujeres que yo he amado  
es una niña honrada, que desea  
querer á un hombre de honradez, que sea  
más bien que angelical, endemoniado.  
Queriéndola enseñar por experiencia  
que amar al natural es la gran ciencia,  
el diablo, que la inspira  
el fuego de un amor sin inocencia,  
le hace pensar si es una gran mentira



la pasión que no turba la conciencia.  
 La que toca en lo real está perdida,  
 pues la carne encendida  
 al idealismo ultraja,  
 y es el amor en su expresión más baja  
 el hecho inexorable de la vida.  
 Línneo y otros célebres autores  
 creen que un germen fecundo  
 hace arder en amor hasta las flores,  
 probando que convierten los amores  
 en un inmenso lupanar el mundo.

## VII

Jamás nuestra flaqueza  
 se podrá resistir á la belleza,  
 si ayuda á exagerar nuestros deseos  
 la gran naturaleza,  
 ese antiguo dios Pan de los ateos;  
 y aunque llegan á ser locos de veras  
 los hombres y mujeres  
 cuando idolatran seres  
 elevados al rango de quimeras,  
 en las luchas de amor, si bien se mira,  
 la realidad es la verdad de todo,  
 y lo ideal es una gran mentira.  
 Lo que nace del lodo vuelve al lodo,  
 y acaba en arenal todo Palmira.

## VIII

Nadie resistiría  
 esta vida de horrores  
 ni el espacio de un día,  
 si se pensase en calma  
 con cuántos sinsabores  
 nos cobra el cuerpo el alquiler del alma.  
 Ved cuánto al hombre de ilusión le humilla  
 la terrible enseñanza  
 de que siempre en el fiel de la balanza  
 pesa más que nuestra alma nuestra arcilla.  
 Vosotros los que veis como testigos  
 que en los hechos humanos  
 si el cuerpo es el más ruin de los amigos,  
 el alma es el peor de los tiranos,  
 ¿cuándo pensáis que acabará esta guerra  
 por la fe del amor eternizada?—  
 ¡Cuando se apague el sol, muera la tierra,  
 y vuelvan las estrellas á la nada!

## IX

Al fin, después que llega  
 el día en que, caliente  
 un viento de poniente  
 lleva el polvo de Cádiz á Noruega,  
 imitando el amor sublime y tierno  
 de Francisca y de Pablo  
 la unión de Catalina con el diablo  
 ya era el drama del cielo en el infierno.  
 ¡Ay! cuando cae un alma inmaculada  
 de la impureza en los hediondos senos,  
 ¿qué sucede en el mundo? Casi nada;  
 ¡un pesar más y una inocencia menos!

## X

Como es nuestra alma esclava  
 de la vil realidad que la deprava,  
 y es el amor más púdico y más tierno  
 fuente que empieza en el edén, y acaba  
 de rompiente en rompiente en el infierno,  
 ¡Catalina querida!  
 ¡antes que yo, con alma empedernida,  
 acrimine el error de tu alma tierna,  
 quiera el cielo piadoso que mi vida  
 caiga en el sueño de la paz eternal  
 Si condenáis, Dios mío,  
 el amor de las pobres Catalinas,  
 ¿qué será el mundo entonces? ¡Un vacío!  
 ¡una ruina de ruinas de otras ruinas!  
 ¡crucifixión del alma en el hastío!

## CANTO CUARTO

## LA MUJER DEJA AL DIABLO POR LA GLORIA

I. Zaquiél y Catalina en Roma.—II. Descrédito del diablo.—III. Se llama á Catalina *la Rosales*.  
 —IV. Salcedo y Margano aman á Catalina.—V. Catalina ama la gloria.—VI. Margano artista.  
 —VII. Salcedo teólogo.—VIII. Duelo entre Salcedo y Margano.—IX. Ligada de Catalina.—  
 X. Intervención de Torralba.—XI. Muerte de Catalina.—XII. Huye Torralba con el alma de  
 Catalina.

## I

En Roma, más dichosos que en España,  
 si es que hay vida feliz en tierra extraña,  
 Catalina y Zaquiél, como si fueran  
 dos esposos, cruzaban sin rodeos  
 el campo del placer, en donde imperan  
 como reyes del mundo los deseos.



## II

Pero como es sabido  
que es todo amor gozado, amor perdido,  
después de amarse con furor, ahora  
ya empieza Catalina  
á ver que es aquel ser á quien adora  
un diablo con la forma femenina:  
y tiene, no del todo justiciera,  
por Zaquiél el desprecio más profundo,  
después de haber sabido que en el mundo  
tan malo como el diablo lo es cualquiera;  
y es que, no sin trabajo,  
al fin ha conocido  
que el hombre es un demonio distinguido,  
y el diablo un hombre de escalera abajo.

## III

Como era Catalina tan hermosa,  
en Roma sus rivales  
la llamaban la *Rosa*,  
y después por apodo la *Rosales*;  
y como ella eclipsaba  
á todas las más bellas,  
por graciosa irritaba  
los celos de ellos y la envidia de ellas;  
y ellas y ellos, dudando de sus males,  
porque el doctor Morales  
tenía buena cara y la asistía,  
todo el mundo decía  
que Catalina, ó *Rosa*, ó la *Rosales*,  
estaba siempre enferma, ó lo fingía;  
y es que la gente, de malicia llena,  
ignora que, cual nueva Magdalena,  
es la *Rosales*, aunque no una santa,  
una mujer muy buena  
que cae, lo confiesa y se levanta.

## IV

Con ciego amor y con gentil denuedo,  
disputaban su mano  
el bravo Tomás Silva de Salcedo,  
y el valiente conqués Pedro Margano.  
Con fe los dos y con igual deseo,  
sostenían con ella  
ese eterno bloqueo  
en que está siempre una mujer si es bellá,  
y por más que la amaban tiernamente,

cortés Margano y el de Silva ardiente,  
hasta verlos famosos la *Rosales*  
los miraba á los dos tan fríamente  
como miran los dioses celestiales.  
En la *ciudad del alma* ella se ceba,  
por vanidad, en cultivar su mente,  
lo mismo que, curiosa antiguamente,  
después de oír contar la historia de Eva  
le entró gana de ver una serpiente;  
y cansada, tal vez por experiencia,  
de escenas de pasiones voluptuosas,  
de lo alto de la ciencia  
quiere ver bien el fondo de las cosas;  
y aburrida de amores, con empeño  
sólo busca en el arte los placeres.  
¡Por no dormirse solas las mujeres,  
se acuestan desde niñas con un sueño!

## V

Primero protegida  
del Cardenal Obispo de Volterra,  
Catalina, ya en ciencias instruída,  
en Roma tomó el aire de la tierra;  
y por eso, cansada de placeres,  
se le subió el amor al pensamiento,  
y le entró, como á todas las mujeres,  
la estúpida manía del talento.  
Después de ser una doctora en ciencias,  
con amor penetró las excelencias  
del arte bizantino,  
del ojival, del griego y del latino;  
y, aunque nadie lo crea,  
estudió con Fray Pedro astrología,  
y, al mes de estar en Roma, ya sabía  
que es cosa de la luna la marea.  
Catalina cayó, mas no hallo el nombre  
que exprese bien la singular demencia  
de amar, primero á un ángel, luego á un hombre,  
después al diablo, y por final la ciencia;  
aunque juzgo, á fe mía,  
que, de estas cuatro clases de locura,  
amar la ciencia es la mayor diablura,  
pues yo sé quien á Cadmo lo ahorcaría  
por ser el inventor de la escritura.  
En fin, como sabía  
que la ciencia hace un Papa de un porquero,  
en amor pretendía  
á un hombre que algún día  
llegase á dominar al mundo entero;



y vanidosa, al ofrecer su mano  
 á Salcedo, ó á Margano,  
 los puso en el secreto  
 de que en caso dudoso,  
 prometía al que fuese más famoso  
 dar su amor para siempre y por completo.

## VI

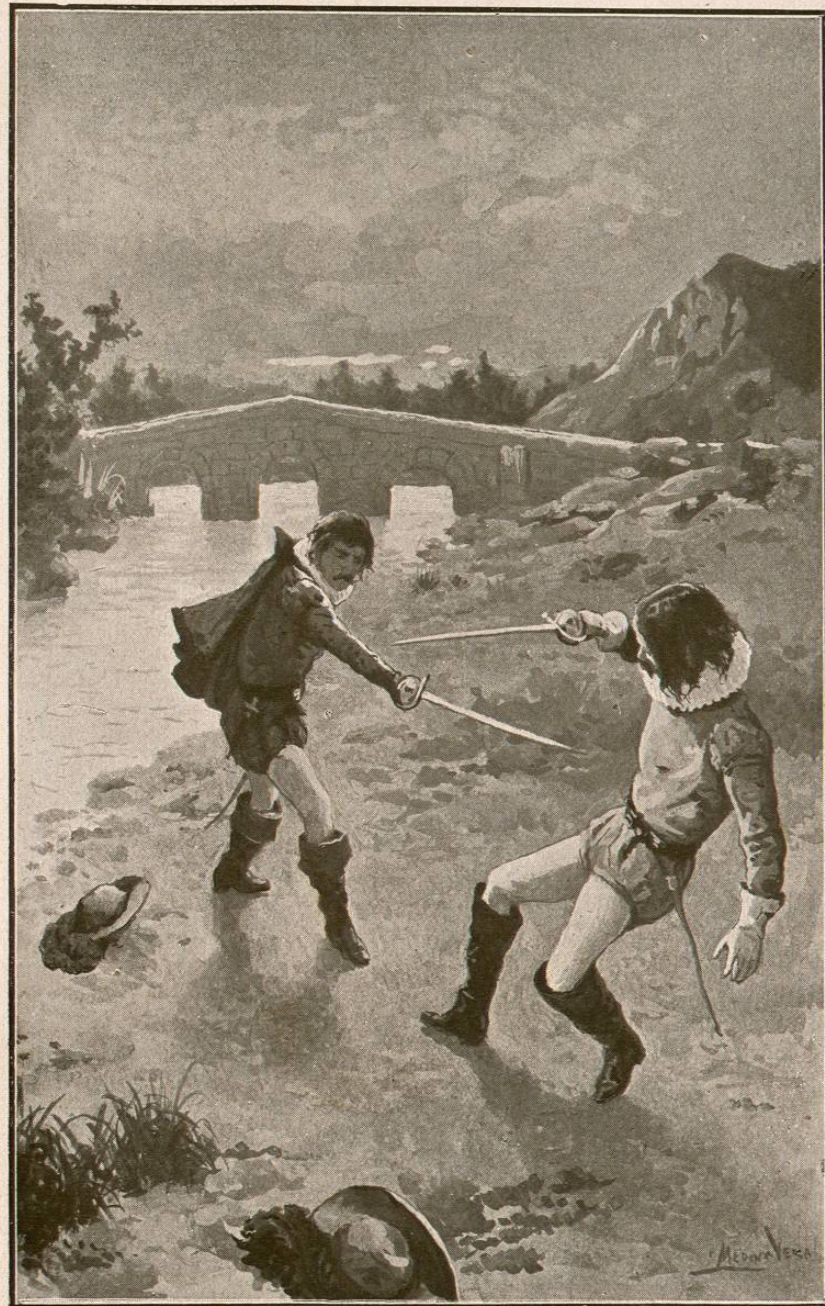
Para llegar entrambos á la gloria,  
 uno estudió pintura y poesía,  
 el otro teología,  
 un poco de moral y algo de historia.  
 Margano se prendó de la pintura,  
 y, por no pensar más que en Catalina,  
 dibujaba tan sólo su figura,  
 y, entregado al desnudo sin rodeos,  
 pintaba la epidermis femenina,  
 esa mezcla de luz y de deseos.  
 Y, aunque á veces las gentes le alabaron  
 como uno de los vates que encontraron  
 las poéticas notas  
 que un día murmuraron  
 las cañas de la rambla del Eurotas,  
 acabó por odiar la poesía,  
 amó las ciencias y olvidó las artes,  
 llegando así á saber que en todas partes  
 calienta el fuego y que la nieve enfría.

## VII

Salcedo en sus lecturas  
 aprendió por la historia  
 que son los monumentos de la gloria  
 desdichas la mitad, la otra locuras;  
 y supo, con dolor de *la Rosales*,  
 que la fama no sirve para nada,  
 y que, después de vista y estudiada,  
 la historia es un presidio de inmortales.  
 Y en moral ¿qué aprendió? lo ya olvidado:  
 que quiere el cielo el orden,  
 el infierno el desorden,  
 y la tierra un desorden ordenado.  
 Y estudiando también con vivo celo  
 teología cristiana,  
 entendió bien cómo se pierde el cielo;  
 lo que nunca aprendió, cómo se gana.

## VIII

En conclusión; después de haber sufrido,  
 remando en las galeras de la fama,



EL LICENCIADO TORRALBA

—'En guardia!'—gritan ambos. No imagino  
 cuál caerá de los dos; cuestión de suerte.  
 Tal vez será el más justo y el más fuerte.  
 Toda espada es de cera ante el destino.

(Primera parte.—Canto IV.)



los dos han conocido  
que, más bien que hacer ruido,  
es más dichoso el que ama  
las sendas que dan fin en el olvido.  
Y después que supieron por la ciencia  
que es mejor el no ser que la existencia,  
y al perder sus queridas ilusiones  
de ser ninguno de los dos un hombre  
que en la edad venidera haga su nombre  
palpitar de placer los corazones,  
siendo su amor una inextinta llama  
acuerdan que es preciso que uno muera,  
que un español, cuando ama,  
si tiene que morir por una dama,  
piensa que el Cid era un matón cualquiera.  
Y en tanto que lucía un sol de ocaso,  
como brilla la luz dentro de un vaso,  
se hallaron una tarde frente á frente  
á la orilla del Tiber, junto á un puente,  
y ambos con furia insana,  
compatriotas y amigos,  
como gente villana  
celosos se mataron sin testigos,  
siendo hombres de nobleza castellana.  
Rivales en amor y hombres sin miedo,  
no hay razón que sus ímpetus modere,  
porque inspira á Margano y á Salcedo  
la musa del amor que mata ó muere.  
—¡En guardia!— gritan ambos. No imagino  
cuál caerá de los dos; cuestión de suerte.  
Tal vez será el más justo y el más fuerte.  
Toda espada es de cera ante el destino.  
Cuando de entrambos en la fiera lucha,  
hasta el pulso en su sien se ve y se escucha,  
Salcedo, con furor extraordinario,  
el pecho atravesó de su contrario;  
y como siempre, si el amor anima  
á los hombres discretos,  
cuando aprenden esgrima  
estudian, para herir, golpes secretos,  
valeroso Margano,  
cubriéndose la herida con la mano,  
con la otra mano hizo vibrar la espada,  
y atacando á Salcedo con gran prisa  
le dió entre ceja y ceja esa estocada  
que después se llamó: «golpe á lo Guisa».



## IX

Y por fin, al caer los dos rivales,  
apareció de pronto *la Rosales*,  
y tendiendo la mano  
una vez á Salcedo, otra á Margano,  
iba echando sobre ellos  
más que á rizos, á oleadas sus cabellos;  
y conforme gentiles los ambientes  
derramaban sus rizos,  
por los cuerpos de entrambos combatientes  
volaban unos fríos corredizos;  
y al ver al lado una mujer tan bella,  
los celos aumentaron su despecho,  
y mucho más viendo ondular en ella  
los trémulos contornos de su pecho.

## X

Y ¿Torralba? Torralba el licenciado,  
nacido en Cuenca, en Roma recriado,  
y que ilustró su nombre,  
desmintiendo el adagio que decía  
que pierde, cual las plantas, la energía  
de patria en patria trasplantado el hombre,  
por Zaquiel informado  
del duelo comenzado,  
sus rencores olvida  
y corre á proteger á su ex querida  
con paso acelerado,  
que, en la balanza del amor, lo amado  
pesa más que el honor y que la vida.  
Llegó Eugenio Torralba acompañado  
de don Diego de Zúñiga, su amigo,  
un hombre que al mirar lo hace de lado  
como cierto bribón que yo maldigo;  
y al ver los moribundos de soslayo  
que Torralba se acerca alta la espada,  
le lanzaron los dos una mirada  
más ardiente y más rápida que el rayo.  
Y viendo ya en Torralba y Catalina  
un Plutón que arrebató á Proserpina,  
como ya moribundos no pudieron  
levantar las espadas,  
al puñal acudieron,  
y aquellos castellanos cometieron  
la infamia de matarla á puñaladas.  
¡Gloria al amor! hasta de aquella suerte  
la encontraron más bella;  
que á rostros como el de ella

los embellece todo, hasta la muerte:  
y al ver á eterna sombra condenado  
el amor que sus almas enajena,  
cada cual por su lado,  
al morir, aquel rostro idolatrado  
lo besaron los dos á boca llena.

## XI

Viendo la muerte de su antigua amante,  
rugía el Licenciado delirante  
como rugen los diablos del infierno,  
y desde aquel instante  
se quedó en su semblante  
la palidez de un estupor eterno.

## XII

En esta confusión de confusiones,  
cuando mezclados al rumor del río  
quejas de amor, suspiros, maldiciones,  
lo lleva todo el aire hacia el vacío,  
salió de Catalina el alma pura  
de su cuerpo hechicero,  
y siguiendo el sendero  
de su antigua ternura,  
voló á Torralba, el hombre que primero  
el cendal recorrió de su hermosura.  
Y envuelto entre la nube peregrina  
del alma, antes infiel, de Catalina,  
por la margen del Tíber más desierta  
huye Torralba, tras mejor fortuna,  
mientras con luz incierta  
alumbra á los tres muertos, una luna  
que parece la cara de otra muerta.

## SEGUNDA PARTE EL HOMBRE

### CANTO QUINTO

#### TORRALBA BUSCA LA DICHA EN EL ESPÍRITU

I. Torralba se convierte á lo ideal.—II. El alma de Catalina.—III. Amor de Torralba al espíritu.—IV. Torralba no halla la dicha en el espíritu.—V. Maldición contra lo ideal.—VI. Reflexiones sobre el dios Pan.—VII. Deficiencia de la alquimia.—VIII. El astrólogo fray Pedro.—IX. Torralba, maldiciendo á Platón, marcha en busca de unas hechiceras.

## I

Siempre fué muy devoto el Licenciado  
del amor sin cendales; pero ahora,